

tida la guerra de Independencia, podrán hallarse datos en abundancia, entre los que pueden elegirse los más notables, para no hacer demasiado difuso este escrito.

El diecisiete de Diciembre de 1811, el Teniente de Fragata Don Miguel de Soto, atacó con dos columnas la población de Izúcar, cuya plaza principal estaba rodeada de parapetos que había levantado el General D. José María Morelos.

La fuerza fué rechazada, perdió dos cañones, y á su Comandante Soto, volviendo á sus cuarteles con menos de la mitad de la gente.

El veintidós de Enero de 1812, el General Morelos atacó á Tenancingo que había fortificado violentamente con parapetos el Jefe realista Porlier, que se hallaba reducido con la poca gente que mandaba, á la plaza del pueblo.

En varias ocasiones se intentó el asalto por las tropas independientes, y en todas fueron rechazadas á pesar de su arrojo, perdiendo la mayor parte de su artillería.

Porlier, que había perdido mucha gente y sus provisiones en las casas que fueron incendiadas, evacuó la plaza durante la noche, y debido á esta circunstancia la ocuparon los independientes.

El diecinueve de Febrero de 1812, el General realista Calleja atacó á Cuautla Amilpas, que defendía el mismo Morelos, con cuatro columnas que fueron rechazadas después de un rudo combate, muriendo en él los Coroneles de los batallones de Guanajuato y de San Luis.

Calleja, en vista de aquel descalabro, se propuso no arriesgar el éxito de la empresa que se le había encomendado en un nuevo asalto, y resolvió establecer un sitio en regla, para lo cual pidió al Virrey refuerzo de tropas, *artillería de sitio y morteros*.

El Virrey le envió la división de Llano con dos mil hombres peninsulares y más artillería de batalla; pero la artillería de sitio, que era necesario conducir de Perote, no tuvo tiempo de llegar, hostilizada como lo fué, por las fuerzas de Osorno y otras de los llanos de Apam.

Sabido es que Cuautla, cuyas casas son en su mayor parte bajas y de adobe, aun cuando sus iglesias son fuertes, no puede compararse con las principales ciudades de la República, ni su posición tiene nada de ventajosa.

Y sin embargo, Calleja se quejaba con el Virrey de que no le alcanzaba la fuerza para sitiarse la población, y que su artillería de batalla no era competente para producir efectos útiles en el ataque: y cuando el Virrey le urgía á fin de que repitiese un ataque á viva fuerza, Calleja le dió tales razones para no efectuarlo, que no tuvo más remedio que conformarse con ellas y tener paciencia para esperar los resultados de un sitio en regla.

A pesar de los buenos deseos de Calleja, de ocupar en pocos días la ciudad, permaneció sitiándola setenta y cuatro días, y al fin el General Morelos rompió el sitio dejándolo burlado.

El veintitrés de Febrero de 1812, el Brigadier Llano dió un asalto á Izúcar, que entonces lo defendía el Cura Sánchez de la Vega. Después de un fuerte cañoneo que duró dos horas, hizo avanzar dos columnas compuestas de los batallones Asturias y Lobera, que después de dos horas de combate fueron rechazados.

El día veinticuatro se repitió el asalto, protegido por la artillería, que situada convenientemente, disparaba metralla contra los sitiados; pero fué rechazado igualmente.

En el mes de marzo de 1812, las fuerzas independientes de los Bravos, del Padre Mendoza y de Trujano, en número de cuatro mil hombres, se presentaron á atacar á Yanhuitlán, que defendía Régules con setecientos hombres, sin que hubieran podido ocupar ninguno de los puntos que aquel defendía, en los repetidos ataques que dieron.

En los primeros días de Abril de 1812, el General D. Ignacio Rayón atacó á Toluca, que defendía el Jefe realista Porlier. Habiendo sido rechazado en varios ataques, intentó uno más enérgico el dieciocho, que tuvo el mismo resultado que los anteriores, sufriendo las fuerzas pérdidas considerables y la de parte de su arti-

llería y municiones, por lo que se retiró en muy deplorable estado al pueblo de Amatepec.

El diecinueve de Octubre del mismo año, el referido Rayón atacó á Ixmiquilpan, y fué rechazado, perdiendo varias piezas de artillería.

El once de Noviembre siguiente, el General D. Nicolás Bravo atacó á Jalapa, cuya defensa estaba á cargo del Sargento mayor D. Antonio Fajardo.

Después de ocho horas de combate, Bravo, rechazado en todos los puntos, tuvo que retirarse perdiendo un cañón.

El treinta de Enero de 1813, Verduzco, con seis mil hombres, atacó á Valladolid (Morelia), donde fué derrotado con grandes pérdidas y la de la mayor parte de su artillería.

Si de la Guerra de Independencia pasamos á los sucesos militares posteriores que han tenido lugar en la República, hallaremos nuevos ejemplos en apoyo de nuestra tesis.

Comenzaremos por el ataque que dió el General D. Vicente Miñón á la ciudad de Guadalajara en el mes de Diciembre de 1852.

Pronunciado allí el General Uruga, envió el Gobierno una división compuesta de tres mil hombres y veinte piezas de artillería para reducirlo, al mando del General Miñón.

Como la fuerza era insuficiente para establecer un cerco al perímetro fortificado, el General dispuso establecer su cuartel General en el Hospicio, y formó dos columnas para que atacaran los puntos de San Felipe y de San Francisco.

La noche del veinticinco ordenó un vivo cañoneo con toda la artillería, el que duró más de una hora, sin objeto determinado, consumiendo la mayor parte de las municiones.

Durante el cañoneo, el General Miñón recibió un balazo en la nariz, que lo obligó á hacer cama.

En la noche del veintiseis, la columna destinada á atacar la iglesia de San Felipe, avanzó en el mayor si-

lencio. El enemigo, que la sintió, la dejó acercarse sin hostilizarla, y cuando la tuvo á muy corta distancia, rompió un vivo fuego sobre ella.

La columna se halló detenida por un ancho y profundo foso que no podía salvar, y después de vacilar un rato, se pronunció en retirada, dejando la calle cubierta de cadáveres.

Como entre los tres puntos ocupados por las tropas del Gobierno, había grandes intervalos descubiertos, de modo que no podían auxiliarse, el enemigo, aprovechando esta circunstancia, hizo una salida en la madrugada del día 27, y comenzó á atacar de flanco la línea que batía á San Felipe. El Teniente Coronel Camargo, que la mandaba, tomó un destacamento y marchó á batirlo; pero fué herido y obligado á retroceder.

El Teniente Coronel Don José Calderón, que lo sustituyó, fué también herido, y siendo la situación de aquella sección insostenible, tuvo que replegarse al Hospicio.

Igual cosa verificó la sección del Teniente Coronel Castillo, que atacaba á San Francisco, y después de algunos días de estar á la defensiva, agotadas ya las municiones de la artillería, la división Miñón hubo de retirarse rumbo á la capital.

En los primeros días de Marzo de 1856, Comonfort sitió á Puebla, que defendían tres mil y pico de hombres. Las fuerzas del Gobierno llegaron á trece mil, con cuarenta cañones y obuses.

Comonfort prefirió sufrir las demoras de un sitio, á las aventuras de un ataque á viva fuerza, viendo en quince días logrado su objeto, con la capitulación de la ciudad.

Habiéndose pronunciado la mayor parte de la guarnición de Puebla á fines del mes de Octubre de 1856, el Gobierno de Comonfort envió una división á las ordenes del General Don Tomás Moreno para reducirla.

Llegadas á la ciudad las tropas por el rumbo del Carmen, el General ordenó que una columna tomase á viva fuerza el parapeto del Hospitalito.

La columna, que avanzó con gran resolución, no pudo, sin embargo, asaltar el parapeto, y tuvo que retirarse

muy maltratada, dejando entre los muertos al joven Comandante de Zapadores D. Antonio Paredes.

En vista de tan fatal resultado, Moreno resolvió establecer un ataque en regla, y hasta pasados cuarenta días no pudo lograr la ocupación de la ciudad por capitulación.

El General D. Santos Degollado hostilizaba la ciudad de Guadalajara en el mes de Junio de 1858. Después de varios ataques infructuosos, en la noche del 20 resolvió dar un asalto decisivo; pero también fué rechazado, sufriendo muchas bajas, y tuvo que retirarse rumbo á Zapopan.

El catorce de Octubre del mismo año, el General D. Miguel Blanco apareció repentinamente en las goteras de la Capital, y sin perder tiempo atacó la antigua garita de San Cosme, donde tuvo lugar un reñido combate.

A pesar de no haber parapetos que cortasen las calles, los liberales no pudieron vencer la resistencia que les opusieron los alumnos del Colegio Militar, unidos á un corto número de soldados, y tuvieron que retirarse.

Después de pasados los acontecimientos de Oaxaca, que narramos, otros hechos de importancia han tenido lugar, tanto durante la guerra de Reforma como la de Intervención; y como esto se escribe mucho tiempo después, no parece fuera de propósito referirlos en este lugar.

D. José López Uraga, á la cabeza de cinco mil hombres y veintiseis bocas de fuego, se acercó á Guadalajara, que defendía D. Adrián Woll, el 24 de Mayo de 1860.

Woll levantó violentamente barricadas en el perímetro de la plaza de armas, que era el que con la fuerza que mandaba podía defender.

El General Uraga, después de un violento cañoneo, lanzó sus tropas en varias columnas, creo que seis, por distintas calles, y después de un sangriento combate, se vieron destrozadas y compelidas á la retirada.

Todos los Jefes de columnas, menos uno, fueron muertos, y el mismo Uraga quedó herido y en poder del enemigo.

Zaragoza, que quedó con el mando, reunió los restos de la división, y con diez cañones que pudo salvar, em-

prendió su marcha rumbo á Sayula, donde se reunió á las tropas de Ogazón.

El General Forey sitiaba á Puebla con un ejército numeroso, aguerrido, bien provisto de artillería y de todos los elementos necesarios para el ataque de una plaza.

Atacó en toda regla algunos de los fuertes que rodeaban la plaza, estableciendo baterías y construyendo paralelas y otros trabajos de zapa, sin haber aventurado un asalto sino hasta haber abierto brecha, apagados los fuegos de los defensores, y cuando las obras de aproximación se hallaban muy cercanas. Mas al penetrar en las calles de la ciudad, se guardó muy bien de aventurar columnas en ellas.

Por medio de horadaciones y de minas avanzó sobre el recinto fortificado, y durante sesenta y tantos días de rudos combates, no le fué posible penetrar en la plaza. Puebla se rindió al fin; pero cuando no le quedaba ni un cartucho ni una galleta con que prolongar la resistencia.

Forey practicó en grande en Puebla, lo que en Oaxaca se practicó en pequeño.

El diecisiete de Diciembre de 1863, el General Uraga atacó á Morelia, teniendo á sus órdenes, según noticias, diez mil hombres y treinta cañones y obuses.

Márquez, que defendía la ciudad, sólo contaba con tres mil quinientos soldados y diez cañones, con fortificaciones sin concluir.

Uraga, después de un vivo cañoneo, hizo un empuje que no tuvo resultado; pero al día siguiente acometió por varios puntos con verdadero furor, y á pesar de haberse apoderado de varios parapetos, fué al fin rechazado después de un combate obstinado, perdiendo cerca de ochocientos hombres, como cuatro mil dispersos y cinco obuses.

El veintisiete de Diciembre del mismo año, el General Negrete apareció repentinamente sobre San Luis Potosí, que hacía pocos días que había abandonado, á la cabeza de cuatro mil y pico de hombres.

Don Tomás Mejía, que lo ocupaba, apenas tuvo tiempo para improvisar algunas barricadas, cuando se vió acometido por tres columnas que llegaron á penetrar hasta la plaza principal.

Los agresores, después de un porfiado combate, tuvieron que retirarse, sufriendo una completa derrota y perdiendo todo el material de guerra.

El día cinco de Julio de 1864 el General Riva Palacio atacó á Zitácuaro, y fué rechazado con fuertes pérdidas.

El Coronel D. Jerónimo Treviño atacó á Tuxpan á la cabeza de ochocientos hombres el veintiuno de Febrero de 1865. Defendía la ciudad D. Manuel Llorente con doscientos ochenta y cinco hombres.

Treviño fué rechazado, perdiendo entre muertos y heridos ciento veinticinco hombres.

Podían aumentarse los ejemplos; pero creo que los expuestos son suficientes para demostrar los funestos efectos que en la mayor parte de los casos producen los ataques á viva fuerza en el interior de nuestras poblaciones.

Si algunos casos pueden ponerse en contra, serán sin duda en pequeño número y con circunstancias excepcionales, que no pueden fundar una regla.

Terminada esta larga, pero conveniente disertación, de que el lector sabrá aprovecharse, continuaré describiendo los sucesos de Oaxaca.

La línea de los liberales continuaba perfeccionándose y consolidándose.

En la manzana próxima á la Concepción se abrieron un pozo y una galería de mina que pasando por debajo de la calle, conducía á la manzana inmediata hacia el Norte, con objeto de ocuparla sin que el enemigo se apercibiese de ello, como se verificó con un fuerte destacamento á las órdenes del Teniente Coronel Velasco.

Desde esta manzana, y desde la inmediata á la Concepción, se comenzaron á abrir galerías de mina, con objeto de poner hornillos debajo del Convento y de la manzana inmediata, al Norte.

El enemigo, por su parte, también perfeccionaba y robustecía sus fortificaciones. Detrás de sus parapetos, en las boca-calles inmediatas, levantó altos espaldones de vigas, para proteger el tránsito que se había hecho en extremo peligroso por las acertadas punterías de los de Ixtlán, colocados en las alturas.

Véase cómo se expresaba el Gobernador Cajiga sobre el estado de defensa de la ciudad, en su memoria presentada al Congreso:

“Pero fatales demoras cuyo origen se puede atribuir á distintas causas (1) habían permitido al enemigo fortificarse completamente, construyendo *inmensas* trincheras, parapetos y baluartes, que formaban una línea de defensa *inexpugnable*.”

“Difuso sería hacer la relación de los fecundos acontecimientos durante unas hostilidades prolongadas y terribles: día por día, un combate continuo sacrificaba en ambos campos innumerables víctimas: la memoria de esos hechos y de esos dolores está viva en el corazón de todos los Oaxaqueños.”

Los reaccionarios solían con frecuencia hacer demostraciones contra los cerros, con objeto de obligar al General á mover las tropas en su auxilio, fatigándolas y distrayendo la atención de los trabajos que diariamente adelantaban.

Una tarde, el General, en lugar de mandar reforzar los cerros, creyó oportuno hacer una diversión en la ciudad para obligar al enemigo á réplegarse á ella.

Se puso á la cabeza del batallón de Jamiltepec, y acompañado de su escolta, se dirigió á la garita de México, que estaba guarnecida por un destacamento que se retiró después de oponer una corta resistencia.

Nuestros soldados penetraron por las calles sufriendo el fuego de las alturas, del que resultaron algunos heridos, y al General una bala le rompió las riendas del caballo.

(1) El lector ha podido ver cuales fueron las causas á que el señor Gobernador se refiere, en el curso de este escrito.

Conseguido el objeto que se deseaba, la fuerza regresó al Marquesado; pero al caer la tarde vino el aviso de que gran número de caballería salía por el rumbo de San Juanico. Volvió el General á ponerse á la cabeza del batallón de Jamiltepec, y con su escolta y un obús de á 12^o. largo, se puso en marcha siguiendo el caserío del Marquesado, para no ser visto y poder cortar la retirada á la caballería.

Cuando la fuerza apareció en el llano, á orillas de la población, la caballería reaccionaria se batía delante de la capilla de San Juanico (d) con los lanceros del Coronel Ramos; mas tan luego como advirtió la presencia de la infantería, volvió grupas y á todo correr se dirigió á la ciudad.

No fué, pues, posible cortarle la retirada; pero la escolta, al galope, siguiendo la diagonal, logró atacarla por el flanco, mientras los de Ramos, arengados por Subikursky, la acuchillaban por retaguardia.

De las alturas de la ciudad comenzaron á hacernos disparos de artillería, sin éxito alguno, pues ya obscurecía y no podían distinguirse los objetos á largas distancias.

Dolorosa debió ser la pérdida del enemigo, porque, él, que jamás confesaba las que tenía, no pudo menos de lamentarse el día siguiente en su boletín, de las víctimas que los *chinacos* con malas artes le habían hecho.

Las minas, que dirigían los Capitanes D. Francisco Meinjuiro, minero de Ixtlán, y D. Anastasio Luévanos, de Guanajuato, habían quedado terminadas, y los hornillos cargados con gran cantidad de pólvora.

Todo listo, se pensó en el asalto que debía tener lugar en cuanto las minas produjeran su efecto.

Desde luego se procedió á formar el plan de ataque, que quedó resuelto de la manera siguiente:

Para distraer la atención del enemigo y obligarlo á concentrar sus fuerzas en un punto dado, se daría un ataque falso á la manzana llamada de la Villarraza, última de la cuarta hilera que mandaba el Coronel Carbó.

Para apoyar este ataque y hacerlo más verosímil, se situaría en el punto conocido por el Petatillo, una bate-

ría formada con las tres piezas de batalla de que se podía disponer, la cual batiría las alturas de San Felipe.

Al amanecer del día que se señalara, rompería el fuego la batería, y la columna del Coronel Carbó se dirigiría al ataque de la manzana de la Villarraza.

Un cuarto de hora después se daría fuego á los hornillos de la Concepción y de la manzana inmediata al Norte, y una vez abiertas las brechas, se lanzarían al asalto las columnas del Coronel Díaz y del Teniente Coronel Velasco.

Inmediatamente marcharía á sostenerlas y apoyarlas, el batallón de Jamiltepec, con el único obús de montaña que quedaba libre. La compañía de Juchitán cubriría al flanco derecho y los escuadrones de Ramos la apoyarían acercándose á la ciudad por el mismo flanco, para impedir que la caballería enemiga saliera á inquietarlo.

Se procedió incontinenti á preparar el desarrollo del plan adoptado, comenzando por la erección de la batería, cuyo efecto moral debía ser importante.

Se escogió para establecerla, una casita baja, cuya fachada daba á una calle paralela á la línea enemiga.

En el patio, que era pequeño, y cuyo plano se hallaba á dos ó tres metros sobre las bóvedas de San Felipe, se construyó un parapeto con merlones para los dos obuses de á 12^o largos, pues no había lugar para la pieza de á 6.

En previsión de que los proyectiles perforasen las paredes de la casa y pudiesen dañar á los sirvientes de las piezas que les daban el flanco, se construyó una travesía de suficiente altura, á la izquierda de la batería. Como ésta se hallaba cubierta por el frente por una pared de adobe que cerraba el patiecito, fué necesario abrir en ella varios taladros, para poder trazar las directrices de las cañoneras.

La pared se socabó en su pie, colocando palancas para derribarla cuando llegara el caso.

La pieza de á 6 se colocó con su respectiva fortificación en un corralito, á la derecha de la batería de obu-

ses, cosa de un metro más elevada que ésta por exigirlo así el desnivel del terreno.

En la casita donde la batería se apoyaba, se situó un destacamento de Juchitecos para el caso de que el enemigo intentara un golpe de mano.

Se tuvo el mayor cuidado al construir las salchichas que debían de dar fuego á los hornillos, que tanto su diámetro como su longitud fuesen absolutamente iguales, y que se cargasen con la misma presión, para que el fuego corriese por ellas en el mismo tiempo. Verificados algunos ensayos que dieron buen resultado, se colocaron las salchichas y se retacaron las galerías.

Arregladas así las cosas, se señaló la mañana del veintisiete de Abril para el asalto.

La víspera en la tarde fueron llamados al cuartel General el Coronel Díaz y el Teniente Coronel Velasco, quienes después de recibir las últimas instrucciones, pusieron acordes sus relojes para poder dar fuego en el mismo instante.

En la madrugada del día veintisiete, el batallón de Jamiltepec estaba formado en batalla en el Marquesado con el obús de montaña. La fuerza que quedaba de Juchitán, ocupaba algunas casas de la ciudad, cubriendo la derecha del ataque. Ramos, con su caballería, situado en el llano, para avanzar cuando se le mandase.

A los primeros destellos de luz fué derribada la tapia que ocultaba la batería del Petatillo, y ésta comenzó á hacer fuego sobre las alturas de San Felipe con tal rapidez y precisión, que antes de un cuarto de hora no quedaba ningún enemigo en las bóvedas ni en las torres de la iglesia.

El Coronel Carbó avanzó sobre la manzana de la Villarraza, y habiendo penetrado en ella, se trabó un combate obstinado que costó buen número de víctimas á los combatientes.

En estos momentos estallaron las minas, causando grande alarma al enemigo, que ocurrió violentamente á conjurar el nuevo peligro, mientras el Coronel Carbó, redoblando sus esfuerzos, se hizo dueño de la manzana

de la Villarraza, que en el momento trató de asegurar fortificándola, á fin de que el enemigo no pudiese recobrarla.

Así fué, que un ataque falso se convirtió en verdadero, con lo que tuvieron que contentarse los liberales.

Las minas no habían hecho el efecto que se deseaba. Colocadas las cargas debajo de los cimientos de los edificios, sin haberles hecho alojamiento en el macizo de los muros, la pólvora, siguiendo la línea de menor resistencia, abrió el embudo por la banquetta de la calle, y aunque dejó á descubierto gran parte del cimiento, no conmovió la construcción.

Como los Jefes de las columnas no vieron brecha abierta, permanecieron en sus puestos sin dar el asalto.

Este fracaso causó profundo disgusto y desaliento entre los liberales, que habían concebido las mayores esperanzas en el efecto de las minas, que estaban cargadas con gran cantidad de pólvora.

Véase lo que dice en su memoria el señor Gobernador Cajiga sobre este hecho de armas, del que hace dos, equivocadamente.

“La línea de los soldados de la Libertad se iba extendiendo poco á poco, hasta la célebre ocupación de la manzana de la Villarraza, que costó tanta sangre: los trabajos continuaban” etc.

“El General Rosas se decidió por fin á dar un golpe decisivo, y habiéndose preparado con toda calma las minas que debían derrumbar los muros de la Concepción para dar paso á nuestras fuerzas, el 27 de Abril se rompieron los fuegos sobre la ciudad, *cañoneando las alturas enemigas hasta apagar los fuegos de las de San Felipe*. Una columna de asalto debía penetrar á la plaza tan luego como la explosión se verificara: todo estaba dispuesto: un momento después, un gran combate debería fijar la suerte de Oaxaca; pero la fatalidad que pesaba todavía sobre nosotros, cerró la puerta de la patria á nuestros esfuerzos; la mina de la Concepción no produjo el efecto que esperaba el General: la columna se detuvo y la plaza quedó en poder del enemigo.”

En este combate, además de las pérdidas sufridas en la toma de la manzana de la Villarraza, los liberales sufrieron otras á consecuencia de una granada que penetró en la casita en que se apoyaba la batería, diezmando al destacamento que la ocupaba.

La batería no sufrió pérdida ninguna, á pesar del mucho fuego de enfilada que le dirigía desde las alturas la artillería enemiga; porque no pudiendo ser vista por ella, sólo dirigía sus punterías á la humareda. Así es que los proyectiles pasaban muy elevados, ó se detenían en el caserío de la ciudad.

Malogrado el ataque del día 27, el General dispuso que se abrieran nuevas galerías de mina; mas el enemigo, aleccionado con lo que le acababa de pasar, estuvo vigilante, y por la contra-mina nos salió al encuentro paralizando nuestros trabajos. Entonces tuvo lugar la guerra subterránea con todos sus horrores.

Una noche vieron los que ocupaban la manzana frontera á la Concepción que la calle brotaba hombres: uno tras otro fueron saliendo hasta siete trabajadores con sus útiles, que burlando la vigilancia de los que los dirigían, cavaron, formando un plano inclinado que acabó por salir á la superficie, proporcionándoles la fuga que efectuaron refugiándose en nuestro campo.

También intentó el enemigo una sorpresa sobre la batería del Petatillo; pero los Juchitecos que la custodiaban lo rechazaron.

Así andaban las cosas, cuando el General recibió aviso de que el General reaccionario D. Santiago Cuevas con una brigada se acercaba en auxilio de la plaza.

Después de discutir varios planes, el General resolvió levantar el campo y retirar la división á la sierra de Ixtlan; porque creyó que con tropas, cuya mayor parte no tenían instrucción ni disciplina, no se podían afrontar los riesgos de una batalla doble, que sin duda habría tenido lugar, atendiendo al número de la fuerza que guarnecía á Oaxaca y á la superioridad de su artillería y caballería.

Además, se había perdido la confianza mutua que de-

be existir entre el General y sus tropas, y este era el mayor inconveniente.

Resuelta, pues, la evacuación de la parte que ocupábamos en la ciudad, se señaló para verificarla el 9 de Mayo al amanecer.

La marcha debía hacerse hacia la villa de Etna, á cuya altura se subiría á la sierra rumbo á Teojocuilco, en cuyo trayecto no debían encontrarse población ni recursos de ninguna clase en los dos ó tres días que duraría la travesía.

No existía camino propiamente dicho, sino veredas que muchas veces pasan entre precipicios peligrosos.

No podía pensarse, pues, en llevarse la artillería de batalla rodando, era preciso desmontarla, desarmar las cureñas y armones para ser llevados en hombros de peones, y las piezas arrastrando en las narrias ó trineos, que sirvieron para bajarlas del cerro de la Soledad al Marquesado.

Salí, pues, del Cuartel General á la madrugada del 9 de Mayo con las tres piezas enganchadas, conduciendo las narrias sobre las cureñas y custodiado por treinta hombres de la guerrilla Meinjuiro que mandaba su Jefe.

Al amanecer llegamos á la altura de Etna, y desde luego descubrí unos ochenta hombres al pie de la sierra como en ademán de esperarnos. Se me dijo que habían sido enviados expreso para facilitar el paso de la artillería componiendo el camino.

Como semejante empresa era impracticable en el término que se necesitaba, y además no estaba aquella gente provista de las herramientas necesarias, juzgué más prudente que sirviera para conducir á brazo las cureñas y armones desarmados.

En consecuencia, dispuse que se comenzasen á desarmar los carruajes, colocando las piezas en las narrias. Mientras tanto, pasé á Etna á solicitar de la autoridad auxilios, que me envió en la tarde, consistentes en treinta hombres y doce yuntas de bueyes, con lo que pudieron ponerse en marcha todos los trenes.